Un poco menos en el más allá

Benjamín Prado

El tiempo pasa deprisa para los muertos. Sobre todo si no los has olvidado, porque lo que está presente está cerca, está dentro, está un poco menos en el más allá. Por ejemplo, el poeta Luis Rosales murió hace veinte años y el poeta José Hierro, hace diez, pero ninguno por completo, porque sus obras aún siguen aquí, algo que sirve para que lo que dicen los números lo desmientan las palabras que ellos mismos escribieron. El autor de *Diario de una resurrección*, por ejemplo, murió en 1992, pero acaba de publicar en la editorial Visor un volumen que contiene *El libro de las baladas* y *Romances de colorido*, los dos escritos hacia 1930 y ninguno suyo del todo, porque ambos seguían la estela de Federico García Lorca, sobre todo la que marca su *Romancero gitano*. Sin embargo, uno y otro dejan muy claro que cuando aún no era él enteramente, Rosales ya era un apunte de gran poeta, un joven que con sus primeros pasos dejaba huellas inversas, es decir, que llevaban al futuro, hacia el maestro que sería cuando escribiera *La casa encendida*. Que la profesora Xelo Candel Vila haya recuperado estas creaciones juveniles de Luis Rosales, llenas de deudas y ecos pero también de señales esperanzadoras, sirve para descubrir todo eso y también para tirar de su creador hacia este lado de 1992, la fecha de su desaparición. Y la cultura es eso, correr en dirección contraria a los calendarios, evitar que lo que tiene valor se silencie y desaparezca, algo difícil en esta era dominada por las urgencias, los resultados inmediatos y la búsqueda continua de novedades.

Las fundaciones Gerardo Diego y José Hierro y la Casa de Cantabria en Madrid, por su parte, han conmemorado los diez años de la desaparición del autor de *Quintra* o el *Libro de las alucinaciones* con un pequeño tomo, *Mi Santander, 4*, en el que reúnen textos y dibujos suyos. Es un homenaje modesto, pero tam-

bién contribuye a que su figura se mantenga viva. En su caso, además, su fama tiene algo de ajuste de cuentas con el olvido, ya que pasó media vida entre brumas, sin escribir, o al menos sin publicar, durante casi treinta años, hasta que rompió ese paréntesis con *Agenda*, en 1991, y siendo más reconocido que conocido porque nadie dudaba que era un nombre imprescindible de la literatura de posguerra pero muy pocos lo leían. El prestigio que hoy lo mantiene a flote es un eco de la celebridad que consiguió con la publicación de *Cuaderno de Nueva York* y tras ser galardonado con el premio Cervantes. Y es también una buena disculpa para regresar o entrar por vez primera en su obra, por ejemplo a través de la más reciente edición de sus *Poesías completas (1947-2002)*, publicada por Visor.

«La madera de los ataúdes de todos los que estamos en la sala está ya cortada», dice Federico García Lorca en uno de los dramas inacabados que incluye su *Teatro completo*, recién publicado por Galaxia Gutenberg. Es otra recuperación interesante, por mucho que el legado del autor de *La casa de Bernarda Alba* no corra ningún peligro, porque es una presencia abrumadora. Pero un tomo como éste, con todas sus tragedias y sus esbozos reunidos, siempre es una buena noticia. «Ver la realidad es difícil. Y enseñarla, mucho más. Es predicar en el desierto», dice en *Comedia sin título*. O sea, que es algo admirable, tanto como todos los esfuerzos que se hagan por conservar en pie nuestra cultura. La de antes y la de ahora

---

Luis Rosales: *El libro de las baladas* y *Romances de colorido*. Edición de Xelo Candel Vila. Visor. Madrid, 2012.
José Hierro: *Mi Santander, 4*. Fundación Gerardo Diego / Fundación José Hierro y Casa de Cantabria en Madrid. Madrid, 2012.
Federico García Lorca: *Teatro completo*. Galaxia Gutenberg. Madrid, 2012.